XVII. CONCURSO DE RELATOS CORTOS

REPSOL - YPF

Segundo Premio en Versión Castellana

Título: **«EL FANTASMA DE LA CAPILLA»**

Autora: **RAQUEL AMOEDO BLANCO**

Centro: **I. E. S. A XUNQUEIRA**
(Pontevedra)

AÑO 2.004

El fantasma de la capilla

Raquel Amoedo Blanco

«El que no falla nunca, es el que nunca intenta nada»
«**Ventisca**»

Era 1865. La gente corría sin rumbo, entre el fuego. Muy pocos conseguían salvarse de las llamas. Una anciana rezaba «el padre nuestro» esperando la muerte con tranquilidad, sin pretender escapar de ella. Un bebé lloraba al pie de un árbol a punto de ser alcanzado por una hoguera próxima a él, sin que nadie se preocupase de recogerlo. Todos pensaban solo en sí mismos. Una niña de unos ocho años sentada en las escaleras de la capilla en llamas llamaba por su madre, que había entrado en la iglesia solo un momento, pidiéndole que no se moviese de allí; pero por más que la pequeña gritase, la mujer no salía. La niña lloraba y lloraba por su madre hasta que el humo se acercó más y ya no podía respirar, mientras su cuerpo era consumido por el fuego.

Hoy Siaras es una aldea incomunicada con el mundo, tranquila, y con pocos habitantes. Casi no viven niños allí; es uno de esos pueblos amenazados por el envejecimiento de la población. Más de un siglo después aún parece que no se recuperó de aquel horrible incendio, pues aún quedan casas, y también la capilla, hoy en ruinas, en las que se nota lo deshecho por el fuego. En la plaza Mayor de la aldea hay una estatua de piedra dedicada a las víctimas del incendio. Los mayores cuentan a menudo, a los pocos jóvenes que quedan, la trágica historia. Cada uno da una versión diferente de quién o qué provocó el incendio, algo que nunca se supo con certeza.

Uxía es una muchacha de la ciudad de Pontevedra, de unos quince años, un poco harta de la vida que lleva allí, en una ciudad pequeñita pero que a ella le parece lo suficientemente grande. No conoce las grandes ciudades como Madrid, Nueva York, Tokio, y todas esas que aparecen en la televisión, pero solo el pensamiento de vivir allí le produce un gran agobio, si ya su pequeña ciudad le es suficiente.

Todas las mañanas, de camino al instituto, tiene que soportar a los coches que buscan como locos, con pitidos e incluso gritos, un lugar donde aparcar, mientras ella intenta recordar la lección estudiada el día anterior para el examen. Y todos los sábados por la noche tiene que aguantar la música altísima de la discoteca que está situada en el bajo de su edificio. Eso le provocó el pensamiento de que esas ganas locas por salir de noche que tenían la mayoría de sus amigas eran un poco estúpidas.

Su grupo de amigos de siempre se estaba deshaciendo; cada uno tomaba un camino distinto: salían con otra gente, se dedicaban a otras cosas... todos cambiaron de ideas, de opiniones, de aficiones... y parecía que era la única que se daba cuenta de que

con el comienzo de ese curso de 4./ ESO nadie era el mismo de siempre, ni siquiera ella.

Se acercaba la Navidad, y los padres de Uxía tenían pensado, como siempre, pasar las vacaciones en casa de los abuelos por parte del padre, en Ourense. Entonces fue cuando Uxía pensó en su otra abuela y en cómo pasaba todas las Navidades sola en la aldea de Siaras, en un rincón de la provincia de Pontevedra casi olvidado. Les expresó a sus padres el sentimiento de pena por esa abuela casi desconocida para ella, que a pesar de vivir tan cerca y sin saber las razones, la visitaba dos veces al año y hablaban por teléfono de vez en cuando. Sus padres no entendían por qué quería pasar las vacaciones en una aldea como aquella. Pero al final comprendieron su entusiasmo por ir a un lugar diferente y por mantener una mejor relación con su abuela, y decidieron dejarla ir; pero ellos irían a Ourense, como tenían previsto.

Y el día 23 de diciembre por la mañana estaba Uxía en la aldea de Siaras. La casa era bastante amplia y a ella le gustaban mucho esos muebles tan antiguos. Su abuela le había dado la habitación más pequeña, pero le daba igual. Le atraía la idea de que fuese el piar de los pájaros y los rayos de sol colándose por la ventana quienes la despertaran.

Al llegar, la abuela le dio con alegría un beso, pero luego le dijo en un tono seco:

-Me alegro de que estés aquí. Pero espero que no me des problemas ni más trabajo del que ya tengo.

Uxía pasó lo que quedaba de mañana instalándose en la habitación y encariñándose con el gato de la abuela. A la hora de comer casi no hablaron, pero la comida estaba buenísima. Por la tarde ayudó a limpiar la cocina y a hacer otros trabajos en casa. Ese día se acostó pronto, estaba cansada por el viaje. Al día siguiente pensaba salir a conocer la aldea.

Cuando se levantó, su abuela ya le tenía preparado un vaso de leche y unos bizcochos, ¡qué bien cocinaba! Después Uxía se vistió con la ropa más informal y cómoda que tenía, y fue a terminar las tareas de casa que se le encomendaran. Por la tarde ya podía hacer lo que le apeteciese. Salió de casa con una libreta y un lápiz en la

mano, en busca de aventuras. Se dedicó en principio a recorrer el pueblo. No era muy grande, ni había mucha gente por los caminos. De vez en cuando se encontraba con alguien que le preguntaba de quién era hija y le deseaba una feliz Navidad.

Todo el mundo en Siaras conocía a todo el mundo, todos hablaban con todos, todos parecían saber la vida de todos. Uxía se sentó al pie de un roble, abrió su libreta y empezó a escribir sus pensamientos.

En Pontevedra también solía sentarse en las escaleras de la iglesia de la Peregrina para escribir historias que se le ocurrían. Parecía raro eso de ponerse a escribir en la calle, pero a ella aquel sitio le gustaba, sobre todo los sábados y los domingos por la mañana muy temprano, cuando no había mogollones de gente corriendo de un lado a otro, produciendo ese alboroto constante, cada uno a su aire, casi sin pensar en lo que hacen o por qué lo hacen. Aquella plaza le gustaba, le daba un aire de tranquilidad, no sabía por qué, tal vez porque era allí donde había pasado la mayor parte del tiempo con sus amigos, hablando, riendo y jugando, cuando todo parecía ser mucho más fácil, cuando aún se prometían ser amigos para siempre, algo ya olvidado; pues ahora las cosas se complicaban con cualquier tontería, empezaba a descubrir que el mundo de los adultos era mucho más complicado e imperfecto que el de los niños.

Aquel roble, de tronco robusto y alto, con las raíces en un suelo verde y blandito, también le parecía agradable. Imaginó sus hojas verdes y grandes en primavera. Desde allí se podía ver una capilla en ruinas. Quiso verla más de cerca, pero ya se hacía de noche y tenía que volver a casa para ayudarle a su abuela a preparar la cena de Nochebuena.

Durante la cena, Uxía le hizo preguntas a su abuela sobre las costumbres que tenían allí. Al principio la anciana se mostraba un poco seca, pero al ver el gran interés que tenía la muchacha, empezó a contarle muchas cosas y a hablar con más entusiasmo. Lo que más le interesaba a Uxía fue la fiesta que se celebraba la noche del uno al dos de enero, en la plaza mayor de Siaras. Ese acontecimiento tenía lugar desde la época de sus tatarabuelos, ya que era una tradición muy antigua. Venían jóvenes de las otras aldeas circundantes, y había un baile, en el que cada chico sacaba a bailar a una chica, y se pasaban toda la noche bailando. Entonces Uxía preguntó:

-Abuela, ¿yo podría ir a ese baile?

-Ya veremos. -Le contestó.

Y entonces se fue a preparar para ir a la misa del gallo con su abuela, después de cenar.

Los días siguientes conoció a una chica en la aldea, la única de su edad que vivía allí. Se llamaba Marta y tenía solo un año más que ella. La muchacha no se mostraba muy sociable al principio, pero pronto se hicieron buenas amigas. Uxía le contaba a Marta cómo era la vida en la ciudad, y Marta le explicaba la vida en la aldea.

Marta vivía con su abuelo. Él era un hombre bastante joven para ser abuelo, alegre y simpático. Los dos le enseñaron a Uxía a montar a caballo y le contaron la historia del incendio de 1865, que su abuela nombrara, pero no había querido hablar de él. Uxía le preguntó por la capilla en ruinas, y el hombre le contó que estaba deshecha desde el incendio, y que nadie solía ir allí porque algunos decían que había un fantasma.

Llegó «Fin de Año», y su abuela y ella ya sentían un cariño muy especial la una por la otra. La tradición allí no era comer doce uvas al ritmo de las campanadas, sino simplemente tenían que estar todos en la plaza mayor y cuando el reloj de la iglesia marcase las doce de la noche tenían que desearse uno a uno un «Feliz Año». Después cada uno volvía a su casa, ya que el momento de celebrar el nuevo año era a la noche siguiente, en la fiesta Tradicional del Año Nuevo.

Uxía convenció a su abuela para que la dejase ir al baile, ya que dormiría en casa de Marta, que también iba, y así volvían juntas.

Y la tarde del día uno Uxía se fue a la casa de su nueva amiga. Entonces ésta descubrió que Uxía no tenía nada apropiado que ponerse y le prestó un vestido. A Uxía no le gustaba demasiado, no era como se solían vestir en la ciudad, parecía un poco anticuado; pero Marta la convenció de que todos se vestían así para la fiesta.

Por la noche llegaron a la plaza donde se celebraba la fiesta y había bastantes jóvenes. Uxía se sintió un poco insegura, por ser nueva allí, pero Marta parecía conocerlos a todos. Se juntaron con un grupo de chicas de su edad. Después empezó la música, y el grupo de chicos de enfrente se acercaron a ellas y las sacaron a bailar. Uxía sentía como se iba quedando sola poco a poco, hasta que un muchacho bajito le

preguntó si bailaba, y así pasaron horas, riendo, hablando y bailando sin parar. A Uxía le parecía que nunca se había divertido tanto. Cuando ya empezaba a salir el sol, las dos niñas volvieron a casa y se acostaron, estaban muy cansadas. Uxía volvió a casa de su abuela cuando empezaba a anochecer, después de haber estado todo el día en casa de Marta durmiendo.

En la cena su abuela le contó las veces que había ido a ese baile cuando era joven, y lo bien que lo pasaba. Después le dijo que al día siguiente se levantarían temprano para ir a la feria de una aldea próxima. Irían andando (ya que no había otro medio de transporte más que los tractores y un par de vecinos privilegiados que tenían coche) y tardarían una hora más o menos.

En la feria se vendía de todo: ropa, libros, cuadros, plantas, instrumentos de cocina, herramientas, e incluso animales. Uxía se separó de su abuela y le compró un pañuelo, después le compró unos pendientes a Marta, y para sus padres un cuadro muy bonito con un paisaje de Siaras. Nunca le resultó tan fácil y barato comprar los regalos de Reyes.

Llegó el día 5 y a Uxía le daba pena tener que volver al día siguiente a la ciudad. Decidió pasar la tarde recorriendo la aldea y despidiéndose de la gente más conocida. Cuando ya se hartó de caminar, se sentó al pie de aquel gran roble que tanto le gustaba. Cerró los ojos y escuchó el piar de los pájaros, los ladridos de los perros a lo lejos, el silbido del viento... estuvo así durante un tiempo hasta que recordó la capilla vieja que aún no había visitado. Pensó que no podía marcharse de Siaras sin ir allí, y se dirigió a ella. Sentada en las escaleras de la capilla, había una niña de unos ocho años más o menos. Le parecía raro no haberla visto en la aldea los días pasados, ya que como eran tan pocos habitantes, los había conocido a todos. Le preguntó su nombre, pero la niña no le contestó. Después le preguntó si era de Siaras y tampoco hubo respuesta. Uxía dejó de intentar hablar con ella, dándola por imposible. Pero cuando se disponía a entrar en la capilla en ruinas, con mucho cuidado por si se derrumbaba alguna piedra, la niña le dijo:

-Dile a mi madre que salga, ¡por favor!

-¿Dónde está tu madre?- preguntó Uxía.

-Está en la misa, me dijo que no me moviese de aquí porque solo era un momentito, pero no sale, ¡dile que venga!

A Uxía le parecía todo cada vez más raro. ¿Qué haría allí una niña sola tan pequeña diciendo que había misa en una capilla abandonada? Entró y lo único que había eran piedras derribadas sobre un altar muy antiguo. Se acercó y en el suelo encontró un colgante. Lo cogió y salió. Pensó que tal vez la niña había sido abandonada e intentó convencerla de que su madre no estaba allí y de que se fuese con ella, pero fue inútil. La niña empezó a llorar por su madre y a gritar que estaba dentro y que no se movería.

Entonces Uxía volvió rápido a casa de su abuela para contarle que había una niña perdida en la capilla en ruinas. Por el camino se paró a mirar el colgante que encontrara. Estaba oxidado, y descubrió que se podía abrir. Dentro había un retrato de una niña, igualita a la que esperaba en la capilla, junto a una mujer, que parecía ser su madre. Debajo del retrato había una fecha grabada: mayo, 1864.

Uxía, desconcertada, volvió a la capilla para comprobar si de verdad era la niña de la foto, pero ya no estaba.

Le contó la experiencia a su abuela, y ésta le dijo que había visto al famoso fantasma de la capilla, que solo se deja ver por algunas personas y muy pocas veces.

Uxía guardó el colgante como un tesoro, y casi no pudo dormir.

Al día siguiente ya tenía todo preparado para volver a Pontevedra. Se despidió de su abuela prometiéndole que volvería en cuanto pudiese.

De camino a Pontevedra, casi no tenía ganas de hablar con sus padres, que no dejaban de hacerle preguntas. Pasaron en el coche por delante de la capilla en ruinas y volvió a ver a la niña. Caminaba inquieta de un lado a otro de la escalera, llorando. Uxía sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Pensó en la horrible y solitaria muerte que habría tenido la pequeña, y en lo triste que debía ser esperar por alguien que nunca volvería, en lo triste que debía ser esperar para toda la eternidad.